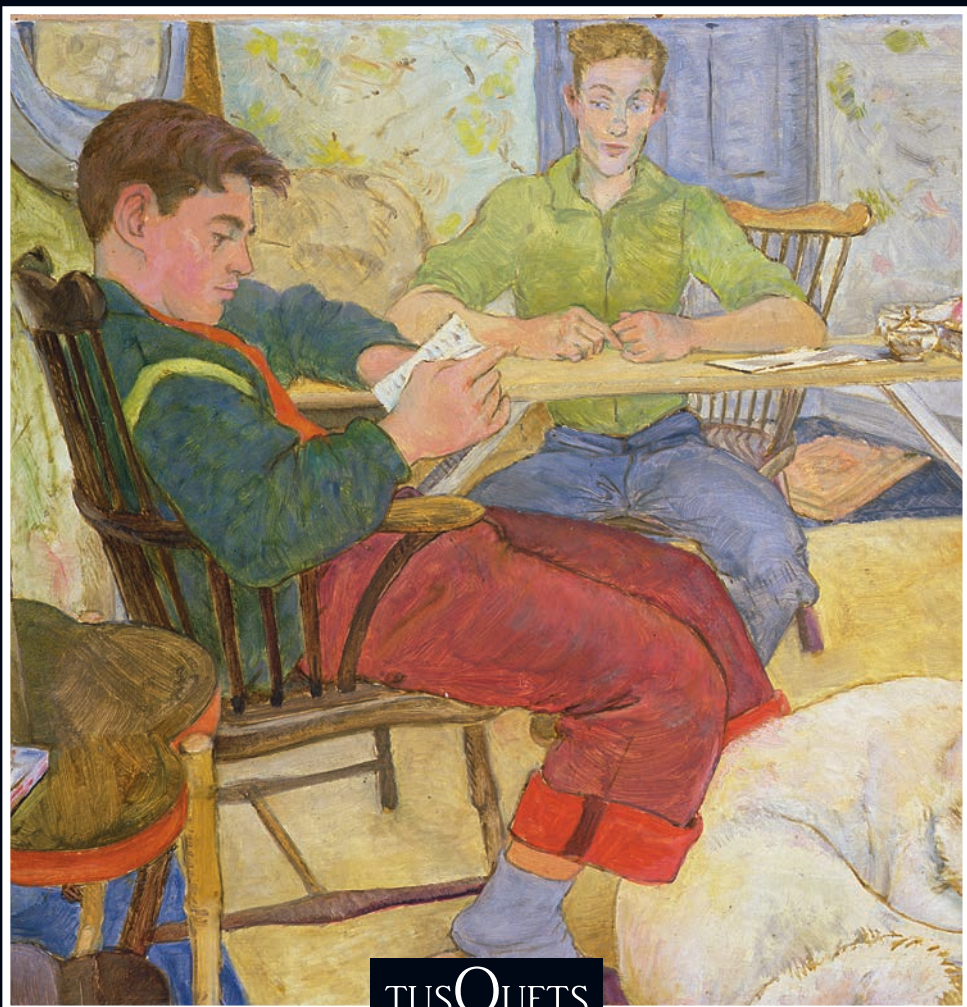


Fred Uhlman

REENCUENTRO y UN ALMA VALEROSA

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

FRED UHLMAN
REENCUENTRO
y UN ALMA VALEROSA

Introducción de Arthur Koestler

Traducción de Eduardo Goligorsky
y José Manuel de Prada-Samper

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Reunion y No Coward Soul*

1.ª edición: noviembre de 2016

Reencuentro: © 1971 by Fred Uhlman / De la Introducción: © 1977, William Collins Sons & Co., Ltd.

Un alma valerosa: © 1996 by the Estate of Fred Uhlman

Traducción de *Reencuentro*: Eduardo Goligorsky

Traducción de *Un alma valerosa*: © José Manuel de Prada-Samper, 2016

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-9066-346-2

Depósito legal: B. 20.326-2016

Fotocomposición: Moelmo

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Reencuentro	
Introducción de Arthur Koestler	13
Reencuentro	15
Un alma valerosa	
Introducción	117
Un alma valerosa	121

Ingresó en mi vida en febrero de 1932 y ya no ha salido de ella. Desde entonces ha transcurrido más de un cuarto de siglo, han pasado más de nueve mil días, días inconexos y tediosos, vacíos debido a la sensación del esfuerzo o el trabajo inútiles..., días y años, muchos de ellos tan muertos como las hojas mustias de un árbol seco.

Recuerdo el día y la hora en que posé los ojos por primera vez en ese muchacho que habría de ser la fuente de mi mayor dicha y de mi mayor desesperación. Ocurrió dos días después de que yo cumpliera dieciséis años, a las tres de la tarde de un día gris y oscuro del invierno alemán. Me encontraba en el Gymnasium Karl Alexander de Stuttgart, la escuela de enseñanza media más famosa de Wurtemberg, fundada en 1521, el año en que Lutero compareció ante Carlos V, santo emperador y rey de España.

Recuerdo todos los detalles: el aula con sus bancos y mesas sólidos, el olor agrio y rancio de cuarenta abrigo invernales húmedos, los charcos de nieve derretida, las líneas pardo-amarillentas de las paredes grises donde en otra época, antes de la revolución, habían colgado los retratos del káiser Guillermo y del rey de Wurtemberg. Si cierro los ojos todavía puedo ver las espaldas de mis discípulos, muchos de los cuales murieron después en las estepas rusas o entre las arenas del Alamein. Estoy oyendo la voz cansada y desilusionada de Herr Zimmermann, quien, condenado a enseñar a perpetuidad, había aceptado su destino con triste resignación. Era un hombre de rostro cetrino, cuyo cabello, bigote y perilla puntiaguda eran completamente grises. Miraba el mundo a través de unos quevedos que descansaban sobre la punta de su nariz, con la expresión de un perro vagabundo en busca de comida. Aunque probablemente no pasaba de los cincuenta años, a nosotros nos parecía que tenía ochenta. Le despreciábamos porque era afable y bondadoso, y porque olía a pobreza —tal vez su apartamento de dos habitaciones carecía de cuarto de baño—, y vestía un traje muy remendado, lleno de brillos, verdoso, que usaba durante el otoño y los largos meses de invierno (tenía otro traje para la

primavera y el verano). Lo tratábamos con desdén y ocasionalmente con crueldad, esa crueldad cobarde de la que tantos jóvenes sanos hacen gala en su trato con los débiles, los viejos y los indefensos.

Oscurecía, pero no tanto como para que encendieran las luces, y a través de las ventanas aún veía nítidamente la iglesia de la guarnición, un feo edificio de finales del XIX, embellecido, ahora, por la nieve que cubría las torres gemelas, cuyas agujas perforaban el cielo plomizo. También eran hermosas las colinas blancas que circundaban mi ciudad, con las cuales parecía terminar el mundo para dejar paso al misterio. Yo estaba semiale-targado, garabateando, soñando, arrancándome de cuando en cuando un pelo de la cabeza para mantenerme despierto, cuando alguien golpeó la puerta, y antes de que Herr Zimmermann pudiera decir *Herein* entró el profesor Klett, el director. Pero nadie miró al hombrecillo vivaracho, porque todos los ojos se volvieron hacia el desconocido que le seguía como Fedro debió de seguir a Sócrates.

Le miramos como si estuviéramos viendo un fantasma. Lo que me impresionó, y probablemente impresionó a todos mis compañeros más que cualquier otra cosa, más que su porte aplomado,

su aire aristocrático y su tenue sonrisa ligeramente altanera, fue su elegancia. Por lo que concernía a nuestra forma de vestir, éramos un modelo de vulgaridad. Las madres de la mayoría de nosotros pensaban que cualquier prenda era buena para ir a la escuela con tal de que estuviese confeccionada con un tejido fuerte y duradero. Todavía no nos interesaban mucho las chicas, de modo que aceptábamos que nos vistieran con un surtido heterogéneo de chaquetas y pantalones cortos o bombachos, funcionales y resistentes, comprados con la esperanza de que aguantaran hasta que ya no cupiéramos en ellos.

Pero todo eso no se aplicaba a este joven. Llevaba pantalones *largos*, pulcramente cortados y planchados, y que obviamente no habían sido descolgados de un gancho como los nuestros. Su traje parecía caro: era de color gris claro, de punto espigado, y casi con certeza de un tejido cuyo origen inglés estaba «garantizado». Usaba, asimismo, una camisa celeste y una corbata azul oscuro con pequeños lunares blancos. Por el contrario, nuestras corbatas estaban sucias y grasientas y parecían cordeles. Y aunque considerábamos una «mariconada» eso de vestir elegantemente, no pudimos dejar de mirar con envidia esa imagen de desenvoltura y distinción.

El profesor Klett se encaminó directamente hacia Herr Zimmermann, le susurró algo al oído y desapareció sin despertar siquiera nuestra atención porque teníamos los ojos clavados en el Recién Llegado. Éste permanecía inmóvil y sereno, sin dar ninguna muestra de nerviosismo o timidez. Por alguna razón parecía mayor y más maduro que nosotros, y era difícil convencerse de que se trataba sencillamente de otro nuevo discípulo. No nos habría sorprendido verle desaparecer tan silenciosa y misteriosamente como había entrado.

Herr Zimmermann desplazó sus quevedos hasta un punto más alto de su nariz, inspeccionó la clase con ojos cansados, descubrió un asiento vacío precisamente delante de mí, bajó de su tarima y —ante el asombro de todos los alumnos— acompañó al Recién Llegado hasta el lugar elegido. Luego, con una ligera inclinación de cabeza, como si tuviera la vaga intención de hacer una reverencia pero no se atreviese a tanto, retrocedió lentamente, sin volverle la espalda en ningún momento al extraño. De nuevo instalado en su asiento, le habló.

—¿Sería usted tan amable de decirme su apellido, su nombre de pila y la fecha y lugar de nacimiento?

El joven se puso en pie.

—Conde von Hohenfels, Konradin —proclamó—, nacido el 19 de enero de 1916, castillo de Hohenfels, Wurtemberg.

A continuación se sentó.